

escarbajos acuáticos. Así como aquella especie, el crocodilo del Nilo no despreciará una presa pequeña, si bien prefiere las grandes.

Este reptil hasta ataca mamíferos de gran tamaño, y arrastra al fondo de las aguas, asnos, caballos, bueyes y camellos. En las dos arterias principales del Nilo pierden los pastores todos los años infaliblemente algunos de los animales confiados á su custodia. A orillas del río Azul observamos cierto día un buey con la cabeza cortada, y su propietario nos contó, lamentándose amargamente, que el «hijo, nieto y biznieto del maldecido por Alá» había muerto al inofensivo animal, arrancándole aquella parte. Yo no podía comprender cómo un reptil que tiene los dientes tan quebradizos fuese capaz de separar del tronco la cabeza de un buey; me es casi imposible explicarme un esfuerzo tan poderoso, á pesar del terrible armazón de dientes que presenta la boca de este saurio. Poco tiempo después de mi llegada al Sudan oriental refirióme el siguiente caso de cuya veracidad nadie dudaba: Un camello se acercó después de anochecido al río para beber; esperábase en la orilla, algún tanto escarpada, un león colosal, dispuesto á lanzarse sobre su presa; y un gigantesco crocodilo, oculto en el agua, acechaba también al camello sediento. Ambos, el carnívoros y el saurio, cayeron á la vez sobre su víctima; clavóse aquel las garras en el lomo, y el crocodilo le sujetó el cuello con su enorme boca; los dos pugnaban por llevarse la presa, y de tal modo redoblaron sus esfuerzos, que el camello se partió al fin por la mitad, llevándose una parte el león y la otra el crocodilo. Ya se comprenderá que esto no pasa de ser un cuento, una pura invención; pero reconócese por aquí qué opinión tienen los árabes del terrible saurio. En cuanto á si se atreve con animales tan corpulentos, hasta el punto de sujetarlos, de ello pude convencerme más tarde, pues á un camello que iba á beber, le arrancó un crocodilo una pierna, hecho que presencié yo cuando me hallaba en Kartoum, en el río Blanco. En mis excursiones por este último punto y por el río Azul, observé también que los pastores del Sudan oriental tienen siempre la precaución de llevar toda la manada reunida, produciendo gran algazara al acercarse á las márgenes, á fin de espantar á estos reptiles. Allí donde existen crocodilos peligrosos no van jamás á beber al río los animales comparativamente menores, como son caballos, bueyes, asnos, ovejas y cabras, sino que apagan su sed en depósitos construidos cerca del río y que los pastores han de llenar de agua con mucho trabajo, ó bien en recintos formados en el río por medio de cercas espesas de espinos.

Si el crocodilo es temible y peligroso por los destrozos que causa en los rebaños, también se le puede considerar como tal para la seguridad de las personas, pues no existe una sola aldea en todo el Sudan donde no haya que lamentar la pérdida de algunos habitantes, que sirvieron de pasto á los crocodilos. Estas desgracias se repiten todos los años, y si los viajeros no dieron cuenta del hecho siempre, es porque no toman suficientes informes sobre el particular. Al que pregunta á los indígenas, le refieren casos numerosos de crocodilos que devoraron á alguno de sus conocidos, amigos ó parientes, después de arrastrarlo al fondo de las aguas; y asimismo le cuentan que muchos de sus caballos, camellos, mulos, asnos, perros, carneros y cabras, fueron pasto del terrible saurio. Las personas suelen ser su presa cuando entran en el río para sacar agua, y rara vez escapa la víctima, porque las acometidas del animal son tan rápidas, que no dan tiempo para huir. Hasta en los estanques y corrientes de las ciudades populosas se encuentran á veces los feroces crocodilos: halládomes en Kartoum, uno de ellos arrebató un niño á pocos pasos de la casa de sus padres; llevóle al agua

á fin de ahogarle, y arrastrándole después á un banco de arena situado en medio del río, le devoró á la vista de mis criados. El terror sin límites que inspira el crocodilo á los sudaneses es por lo mismo muy fundado.

Todos los animales inteligentes conocen el crocodilo y su manera de acometer. Cuando los nómadas de las estepas del Africa llegan con sus rebaños y perros á orillas de los ríos, deben tener mucho cuidado, sobre todo con los últimos, pues siempre suelen perder algunos de estos excelentes animales, porque les falta la experiencia indispensable que tienen los perros de las aldeas del río. Rara vez son estos presa del peligroso reptil: para beber se acercan con gran sigilo al agua, la observan con atención, beben un poco y vuelven presurosos á un sitio seguro, donde permanecen largo rato parados, mirando fijamente al agua; después se acercan otra vez para beber con las mismas precauciones, y repiten igual maniobra hasta quedar del todo satisfechos.

El terror que inspira el crocodilo á estos animales se reconoce cuando se les enseña un individuo grande; entonces retroceden como los monos á la vista de una culebra y ladran con furor.

El crocodilo no se alimenta solo de animales vivos, sino que devora también todos los que el río arrastra muertos. Mas de una vez me arrebataron aves, que estimaba en mucho, al caer heridas al agua, y acordábame entonces del encuentro que tuve cierto día con un individuo de la especie, en circunstancias que pudieron ser fatales para mí, por lo que desde aquel momento les declaré guerra á muerte. Instrumentos de mi venganza han sido todas las balas que perforaron la piel acorazada de esos monstruos y que fueron disparadas por mi mano; jamás dejé escapar ocasión alguna de probarles mi odio. El caso fué el siguiente: había plantado una tienda de campaña delante de Kartoum, donde me hallaba cazando hacia algún tiempo; y cierto día, casi á la hora de anochecer, disparé contra un águila marina, que en aquel entonces tenía gran mérito para mí. Herida el ave cayó revoloteando al río y comenzó á flotar á lo largo de la orilla, hasta que llegó á un paraje donde la corriente se desvía hacia el centro. Si no me apoderaba pronto del ave, podía darla por perdida, y como en aquel momento acertase á pasar un árabe, le rogué que me pescase el águila. «Libreme el cielo, señor, contestóme al punto; aquí no entraré yo en el agua, porque en este paraje hormigean los crocodilos. No hace todavía tres semanas que cogieron dos carneros cuando bebían y se los llevaron para devorarlos; á un camello le partieron una pierna, y un caballo escapó á duras penas de sus dientes.»

Yo prometí no obstante al hombre una buena recompensa, llaméle cobarde y le excité á que probara su valor; pero me replicó con mucha calma, que aunque le ofreciera todos los tesoros del mundo no entraría en el agua. Entonces me desnudé enojado, lancéme al río y nadé en dirección al ave, pero de repente exclamó el árabe: «¡Señor! ¡por el amor y la misericordia de Alá; vuélvete, un crocodilo!» Asustado, volví á la playa, y vi en efecto, que por la otra parte del río llegaba un crocodilo gigantesco, mostrando las crestas de su coraza sobre la superficie del agua. Dirigióse en línea recta al ave, y cuando estuvo próximo, sumergiósese, abrió la boca, que me pareció lo bastante grande para que cupiese yo con mi águila, y apoderándose del ave, ocultóse con ella en las turbias ondas. Mas tarde nadaba otro crocodilo en dirección á un chorlito del que trataba de apoderarse mi criado; y probablemente hubiera cazado al hombre antes que al ave, si yo no le hubiese impedido para siempre tales desmanes, merced á una certera bala bien dirigida.

A veces cogen hasta objetos inanimados que flotan en el

río, sin tomarse siquiera la molestia de tocarlos antes de tragárselos. Un pellejo lleno de aire ó de agua, como el que usan los habitantes del Sudan, les puede parecer en ciertos casos, según Baker, una buena presa, lo cual basta para salvar la vida del hombre que lo lleva.

Los negros chiluj, que habitan el país contiguo al territorio egipcio-turco, no entierran jamás sus muertos, sino que los arrojan al río, simplemente como lo hacen los indios del Ganges con los suyos. A pesar de esto, muy rara vez se ve flotar el cadáver de un negro, y es que los crocodilos que allí habitan, tan numerosos como gigantescos, no dejan escapar tan buena presa.

La osadía de que da pruebas el crocodilo cuando se halla en su elemento, ofrece el más singular contraste con la cobardía que demuestra en tierra. Pocas veces se aleja á más de cien pasos de la orilla y precipitase al agua en seguida á la menor señal de peligro. Apenas divisa al hombre, huye con la mayor celeridad, sin que le ocurra jamás perseguirle en tierra. Me he divertido infinitas veces en sorprenderles de pronto, y siempre observé que se precipitan al agua con ridículo apresuramiento, á la manera que lo hacen las ranas. Uno de mis criados quiso acercarse cierto día al amanecer á un resto de tronco de árbol no lejos del río, para sorprender algunos ánades silvestres, cuando advirtió con terror que el tal tronco era un crocodilo. Felizmente se condujo el animal como siempre, es decir, que se espantó del criado, y en vez de precipitarse sobre este, emprendió la fuga. Igual es su temor cuando le cortan la retirada; entonces se esfuerza por introducirse en el primer escondrijo que encuentra al paso y permanece allí quieto. Una mañana nos sorprendió un crocodilo de ocho pies de largo, durante una excursión de caza en los bosques del río Azul; pero nos admiró sobremanera verle huir inmediatamente, refugiándose en la primera espesura que pudo alcanzar, donde permaneció completamente inmóvil, de suerte que no nos fué posible conocer el sitio en que se hallaba oculto para enviarle una bala.

Es probable que solo de noche emprenda semejantes excursiones por tierra, y entonces tal vez con la intención de pasar á otras aguas, pues seguramente no dejará el río para ir á cazar, ó por lo menos, jamás lo oí decir ni yo lo he observado tampoco. Durante la estación de las lluvias remonta los torrentes, avanzando tanto por ellos algunas veces, que se le corta la retirada cuando deja de llover, pues las aguas se alejan rápidamente, el lecho queda en seco, y entonces no tiene más recurso que ocultarse lo mejor posible hasta que la venida de las aguas le permite volver á su centro. En tales casos, trasládase al principio de un charco á otro, pasando semanas enteras allí donde queda un poco de agua, aunque la cantidad no sea proporcional á las dimensiones de su cuerpo, por manera que á veces se ven verdaderos gigantes de esta especie en charcos muy reducidos; y cuando estos llegan á secarse se entierran en el fango. Cierta vez, durante una expedición de caza, llegó el doctor Penney con sus hombres á un torrente seco, que iba á desembocar en el río Azul y se hallaba á tres leguas de este. Habiéndose resuelto abrir un pozo dentro del lecho, para suplir su escasez de agua, dióse principio á la excavación, y ya llegaban los trabajadores á la profundidad de ocho pies, cuando saltaron asustados fuera del hoyo, llamando á grandes voces al médico, y diciendo que dentro del pozo se movía una «cosa parda» de un lado á otro.

Practicado el reconocimiento, resultó que lo que se movía era el extremo de la cola de un crocodilo muy grande: entonces se abrió otro pozo en el sitio que debía ocupar la cabeza, y dióse muerte al reptil alanceándole la nuca; después le desenterraron y se vió que era un individuo de quince pies.

El torrente aquel se llama con tal motivo, aun hoy día, *Chor el Timsaj*, ó sea, *Torrente del crocodilo*.

Crocodilos de 3", 50 de largo pueden ya reproducirse; pero las hembras de esta edad ponen menos huevos y más pequeños que las adultas de diez y seis, diez y ocho, y veinte pies de longitud. El número de huevos que ponen, semejantes en cuanto á forma y tamaño á los de ganso, pero que se distinguen de estos por su cáscara flexible, rugosa y muy cálcarea, oscila entre veinte y noventa. De cuarenta á sesenta formarán el término medio de una nidada. Las hembras los ponen en un hoyo profundo sobre un islote formado por la arena que cubren después con la misma, sirviéndose de su cola. Dicen que borra las huellas de su operación con tanto cuidado, que solo puede reconocerse el sitio por las muchas moscas que allí se reúnen. Por otra parte, sostienen también los sudaneses que la hembra del crocodilo cuida y vigila los huevos y ayuda además á los pequeñuelos cuando nacen á salir del hoyo y á ir al agua; esto se dice, pero no sé hasta qué punto será verdad. De combates entre machos en celo no oí contar nada, pero sí que la cópula se efectúa en los islotes de arena donde el macho empieza por tumbar á la hembra de espaldas, poniéndola después del acto otra vez vientre abajo. Los pequeñuelos crecen con extrema lentitud; en el primer año medran á lo más 6 pulgadas, y menos aun en los que siguen, por manera que puede afirmarse con toda seguridad que los gigantes de esta especie, que miden de 5 á 6 metros deben tener más de cien años. No puede decirse qué edad alcanzan.

CAUTIVIDAD.—Según lo que nos comunica Herodoto sobre el Bajo Egipto, se conoce que allí tenían, en remotas épocas, crocodilos en cautividad. «Hay egipcios, dice, que consideran estos animales como seres sagrados; pero hay otros que ven en ellos sus peores enemigos. Aquellos habitan las orillas del lago Moeris, y estos al rededor de Elefantina. Los primeros crían un crocodilo y lo domestican hasta tal grado que se deja tocar; se esfuerzan en darle una vida regalada, adornan con anillos de piedras talladas y de oro sus orejas, con brazaletes de oro sus extremidades anteriores y lo mantienen con manjares hechos de harina y con carne de los sacrificios. Después de muerto lo embalsaman y lo colocan en un sepulcro sagrado, de los cuales hay muchos en los aposentos subterráneos del laberinto situado á la orilla del lago Moeris, no lejos de la Ciudad de los crocodilos.»

Estrabon completa estas noticias. «La ciudad de Arsinoe en Egipto, dice, tenía en otros tiempos el nombre de Ciudad de los crocodilos, porque en aquella región eran muy estimados estos animales. Allí hay en cierto lago un solo crocodilo, muy manso para con los sacerdotes, y llamado *suchos*: se le alimenta con carne, pan y vino, que llevan siempre los forasteros cuando quieren ver el animal. Mi huésped, hombre muy considerado y el cual quiso enseñarme las cosas sagradas de aquel sitio, nos acompañó al lago; iba provisto de una pequeña torta, carne asada y una botella de hidromiel. Encontramos el reptil echado en la orilla; los sacerdotes se acercaron á él, abrieronle la boca, y uno de ellos le introdujo la torta, después la carne y por último la bebida. El saurio se precipitó entonces en el lago y nadó hasta la orilla opuesta; pero como llegase otro forastero trayendo su presente, los sacerdotes le tomaron, dirigiéronse á la otra parte del lago y diéronselo al reptil del mismo modo.» Según nos refiere Plutarco, los crocodilos conocen, no solo la voz del que suele llamarlos, sino que se dejan tocar, limpiar los dientes y frotar con un pedazo de hilo. Diodoro Siculo, en fin, nos indica porqué se veneraba á este saurio como una divinidad. «Dícese que tanto la anchura del río como la multitud de crocodilos que en él habitan, impiden á los ladrones árabes y libios cruzar la corriente. Otros cuentan que

uno de los reyes antiguos, Menas, perseguido por sus propios perros, se había refugiado en el lago de Moeris, donde por milagro un crocodilo le recibió sobre su lomo, llevándole á la orilla opuesta. Para demostrar su agradecimiento á este animal por haberle salvado, el rey edificó cerca del lago una ciudad, á la cual dió el nombre de Ciudad de los crocodilos, imponiendo á los habitantes como ley adorar á los crocodilos cual si fueran dioses. El mismo rey construyó en aquel sitio además una pirámide y el laberinto. No falta sin embargo quien indica muy diferentes causas de la deificación de estos animales.»

Para que se comprenda cuán fervorosa ha sido la veneración á este reptil, véase lo que dice Máximo Tyrio: «En el Egipto cierta mujer crió un crocodilo, á lo cual debió que la venerasen como á una diosa. Su hijo, muchacho aun, vivía y jugaba con el crocodilo, hasta que este, alcanzando mayor tamaño y mas fuerza, devoró por fin á su compañero. La desgraciada madre ensalzó desde entonces la dicha de su hijo, considerando que había sido devorado por un dios.»

Lo que es en el día nadie se acuerda en el Africa oriental de domesticar crocodilos, lo cual es además un trabajo que parece ofrecer dificultades muy serias. En Kartoum compré en 20 de julio de 1850 un crocodilo para observarle, el cual tenía de largo ocho piés y se había enredado en las redes de unos pescadores, pagando por él como cinco reales escasos de nuestra moneda. Los pescadores le habían agarrado fuertemente el hocico para impedir que mordiera, pero cuando nos acercamos á él, nos embistió con tal ímpetu y dando un brinco tan repentino que retrocedimos espantados á pesar de que sabíamos que no podía mordernos; cuando lo empujábamos con el pié dejaba oír un grito casi parecido á un silbido ó resuellos penosos; pero por lo demás se mostró en extremo insensible, porque le pinchamos con agujas, le metimos rapé en las narices, le pusimos ascuas sobre la piel, y lo atormentamos de otros modos, sin que mostrase la menor incomodidad; solo el humo de tabaco pareció molestarle, porque cuando mi compañero, el doctor Vierthaler, le acercó á las narices su pipa encendida, se puso furioso. Por la noche llovió, lo que nos vino muy de molde, porque un hoyo bastante grande y profundo, que estaba delante de nuestra casa, se trasformó en balsa donde pudimos alojar al prisionero y donde pareció encontrarse bien, aunque se dejó ver muy poco en la superficie, y cuando lo hacía solo sacaba la nariz para respirar; y eso que había respirado aire sin interrupción todo el tiempo que le habían tenido en tierra. Para los habitantes de la capital fué nuestro crocodilo un motivo de verdadera diversion; chicos y grandes sitiaban la balsa que habitaba este «hijo de perro.» Para impedir que huyera y ganara el río Azul, que no está demasiado lejos, lo había hecho atar á una cuerda de la cual tiraban los que pasaban para sacarlo del agua á tierra á fin de inspeccionarlo, y despues lo soltaban otra vez con imprecaciones é improperios acompañados á veces de pedradas; hasta los chicos querían gozar del placer de poder siquiera maltratar una vez en su vida á un crocodilo. Para ahuyentarlos á todos había yo mandado cortar la cuerda que le agarraba el hocico, pero ni esto valió; porque venían con palos y le pegaban en el dorso y cuando lo habían irritado bastante le enseñaban el palo para que lo mordiera, lo que hizo en efecto y con tal rabia, que se dejó arrastrar de una parte á otra con él, antes que soltarlo, con lo cual se le iban rompiendo cada vez algunos dientes, pero sin aflojar por esto el palo. Gracias á estos infinitos esfuerzos de toda la población de Kartoum, exhaló el cautivo á los pocos días su «espíritu mal-dito.»

Los crocodilos que se cogen cuando son pequeños llegan á ser tan mansos como lagartos; déjanse tocar al cabo de algun tiempo, ó coger con la mano, sin bufar; acostúmbranse á cierta voz; toman el alimento que se les da y son entonces muy agradables. Puede suponerse con seguridad que los individuos cuidadosamente criados son tan dóciles, aun en la edad adulta, como es posible para un crocodilo; de modo que los relatos de los antiguos no deben considerarse como exagerados.

CAZA.—Segun Herodoto, cazaban los antiguos egipcios el crocodilo de varias maneras. El cazador, oculto en la orilla, echaba al agua un cerdo con un anzuelo en la espalda, mientras hacia gruñir un lechoncillo dándole golpes; al oírle el crocodilo, acudía y se comía el cerdo, siendo despues arrastrado á tierra con auxilio del anzuelo y la cuerda atada al mismo; entonces el cazador le cubría los ojos con limo para precaverse de sus ataques, y lo mataba despues con toda calma. De los tentiritas refiere Plinio que poseian bastante valor para seguir al crocodilo á nado, echarle un lazo al pescuezo y sentarse sobre sus espaldas, y cuando alzaba la cabeza para morder, le metian en la boca un travesaño de madera que les servia de freno para dirigir el animal como un caballo, y conducirlo á tierra. A esto añade Plinio que los crocodilos conocian á los tentiritas por el olor, y que el temor que les tenian era tan grande que no se atrevian á subir á la isla que estos habitaban.

Este sistema de caza ha caído en desuso, y en su lugar se practica hoy día otro que no requiere menos valor. Ruppell fué el primero que lo describió, é idénticamente me lo han explicado las gentes en muchas comarcas. «Empieza la caza cuando baja el nivel de las aguas, y cuando salen fuera de la superficie de los rios los bancos é islotes de arena donde los crocodilos toman el sol y duermen. El cazador toma nota de estos sitios, y se fabrica un agujero á sotavento donde se esconde y está en acecho hasta que el animal sale á tierra y se echa á dormir. Su arma consiste en un venablo, cuya punta de tres cortes con tres púas encorvadas á manera de ganchos, está fija en el palo por medio de un anillo y además por veinte ó treinta cuerdas recias separadas unas de otras, pero reunidas de trecho en trecho en el asta, que por su parte se halla atada á un tarugo de madera.

»La gran habilidad del cazador consiste en arrojar el venablo con bastante fuerza para que el hierro atraviese la coraza del animal y penetre hasta unas cuatro pulgadas en las carnes. Una vez disparado aquel, se separa el asta de la punta, que está tan solo encajada en la misma, y cae al suelo. El crocodilo, al sentirse herido, sacude furioso la cola, y hace todos los esfuerzos posibles para cortar la cuerda con sus dientes; pero esta que se compone de tantas piezas en gran parte sueltas, se desliza en los claros que forman los dientes y no sufre deterioro, ó por lo menos muy poco, de las mordeduras del animal, que naturalmente se ha vuelto al agua. Aquí lo persigue el cazador en un pequeño bote sirviéndole de guía y señal de la direccion que toma el animal, el palo que flota en la superficie, ó si el animal se mueve á mayor profundidad, el tarugo, hasta que llega á un sitio á propósito para desembarcar. Desde allí tira de la cuerda hasta sacar al animal á la superficie del agua, y le da con una lanza muy afilada el golpe de gracia en la nuca, ó sin mas lo arrastra á tierra. «Si no lo hubiese presenciado, dice Ruppell, me parecería increíble que dos hombres bastaran para sacar del agua un crocodilo de catorce piés de largo; líganle el hocico, agarróntele despues las extremidades sobre el lomo, rematándolo, por último, de una cuchillada en la nuca.» Solo casualmente se cogen crocodilos con redes, y casi nunca los de mayor tamaño, pues son tan violentas

sus sacudidas, que con dificultad pueden resistirlas aquellas, por sólida que sea su construcción.

Los europeos, los turcos y los indígenas del Egipto central cazan el crocodilo con arma de fuego, teniendo la bala de carabina la gran ventaja de atravesar la coraza del animal. Yo he disparado mas de cien balas sobre estos reptiles, sin que jamás rebotase alguna como afirman varios viajeros. Es, sin embargo, muy cierto que pocas son las que matan instantáneamente al crocodilo; su resistencia vital es en verdad extraordinaria, y herido de muerte consigue las mas de las veces escapar al agua, siendo entonces pieza perdida para el cazador. Muchos de los que logré herir en la cabeza, azotaban como furiosos el agua, se revolvián á

poca profundidad de su superficie en todas direcciones, y despues de algunos estremecimientos nerviosos, abrian la enorme boca, y dando un grito indescriptible y sin semejanza á ningun otro, acababan por desaparecer en las turbias ondas. Pasados algunos días, subian á la superficie sus cadáveres, pero tan descompuestos ya, que no los podíamos aprovechar. Un día me hallaba en acecho en una choza cubierta y oculta con esteras y arena en un islote en el Río Azul para cazar grullas, cuando antes que aparecieran las aves se dejó ver un crocodilo de unos diez y seis piés, distante de mí apenas quince pasos, arrastrándose con lentitud, y el cual se tendió á unos veinte pasos en la arena para dormir. Reprimí todo sentimiento de venganza con el fin de

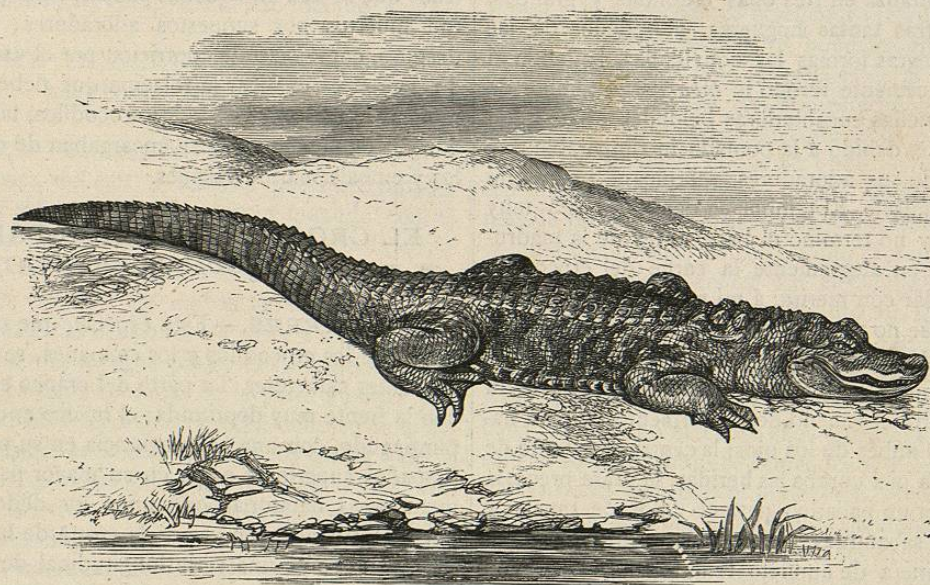


Fig. 20.—EL CAIMAN DEL MISSISSIPPI

observarlo, pero tambien con la idea de enviarle al cabo de algun tiempo la bien merecida bala; con todo, una grulla que se presentó le salvó la vida por de pronto, porque esta ave tenía para mí mas mérito; la tomé por blanco y disparé. El crocodilo, atolondrado por el estruendo del tiro, se había echado al agua; pero apenas tuve yo tiempo de ir por la grulla muerta y de volver á cargar, cuando el crocodilo apareció otra vez y en el mismo sitio. Entonces le apunté tranquilamente á la nuca y vi con placer que el monstruo, tocado por la bala, dió un tremendo brinco vertical volviendo á caer pesadamente en el suelo donde quedó inmóvil. En este mismo momento un penetrante olor á almizcle llenó literalmente el aire, y mi criado Tomboldo, que estaba sentado en otro hoyo al extremo opuesto del banco de arena, saltó de su escondrijo con demostraciones de júbilo para decirme en tono de súplica: «Buen señor, para mí las glándulas, para mí el almizcle, á fin de poder llevar á mi mujer tambien algo de este viaje.» En esto llegamos al sitio donde se hallaba el animal, cuyo cuerpo se estremecía y temblaba aun. «Cuidado con la cola, me avisó Tomboldo, vale mas meterle aun otra bala en el cuerpo á fin de que no se escape.» Esto me pareció del todo imposible; sin embargo, satisface el deseo de mi fiel criado, y aplicando la boca del fusil al mismo oído del animal, le atravesé la cabeza con otra bala, pero en el mismo instante, encabritándose, por decirlo así, y arrojándonos con la cola arena y guijarros á la cara, sacudió convulsivamente todos sus miembros y echó á correr, como si no tuviese herida alguna, hácia el río, des-

baratando de esta suerte toda esperanza de provision de almizcle.

Para los sudaneses, las cuatro glándulas de almizcle constituyen el mayor beneficio que saben sacar del cadáver del crocodilo. Durante mi estancia en aquel país, su precio era de cuatro á seis duros, equivalente á un par de novillos. El hecho es que las hermosas de la Nubia y del Sudan dan con estas glándulas á su cuerpo y cabellera aquel perfume que las hace tan irresistibles á los ojos, ó mas bien dicho, al olfato del sexo feo; y que las distingue en efecto ventajosamente de las mujeres de las comarcas centrales del Nilo, las cuales untan su cabello lanudo con aceite de ricino, con cuyo motivo es imposible, á lo menos para los europeos, acercarse á ellas á una distancia menor de treinta pasos. Estas glándulas comunican á la carne del crocodilo un olor tan fuerte, que ningun europeo puede comer la de los individuos adultos. He probado varias veces la carne de crocodilo, pero solo he podido tragar la de individuos pequeños; sin embargo, para los indígenas no hay manjar mas exquisito que la carne y grasa de estos animales. Por los autores antiguos sabemos que los habitantes de Apolonopolis tambien gustaban de dicha carne, no matando á los reptiles sino despues de tenerlos colgados largo tiempo y haberlos sacudido con palos hasta que daban los mas lastimeros gritos. Los naturales de la Nubia y del Sudan no necesitan hoy día tantos preparativos: cuecen sencillamente la carne de crocodilo en agua hirviendo, y la condimentan, todo lo mas, con un poco de sal y pimienta.